

Paul Schostakowsky

El calvario ruso

(Un ensayo de crítica de la revolución rusa)

Y le fué dado poder sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, y con mortandad, y con bestias de la tierra.

APOCALIPSIS, Cap. VI, 8

LENIN al decir «la libertad es un prejuicio burgués» fué más elocuente de lo que pudiera ser cualquier escritor que toca este tema; su definición es demasiado sencilla para necesitar el menor comentario; así pues yo voy a abstenerme de tratar el asunto desde el punto de vista teórico; pero, para que la realidad de la vida rusa no escape al juicio de un lector extranjero, voy a dar una idea de la aplicación de dicha sentencia en la práctica de la vida cotidiana. A continuación van tres cuadros ilustrativos de lo que puede pasar a un ciudadano del Soviet al tomar el tren, el tranvía o yendo al mercado.

En el ferrocarril.—Un tren se pára inesperadamente en medio de un bosque:

—¡Todo el mundo baja!

Gran emoción entre los viajeros:

—¿Qué hay?

—¡Nada, vamos a cortar la leña!

Lágrimas, gritos, protestas, nada hace desistir al comisario

bolchevista de su resolución. Mujeres, hombres, niños y ancianos son rodeados por la guardia roja, que los lleva al campamento improvisado en medio del bosque. Durante tres semanas los infelices cortan y asierran la leña, viviendo en una promiscuidad infecta, sufriendo frío, hambre y torturas morales, por no poder avisar a sus parientes la razón de su desaparición repentina; mientras tanto aquellos los esperan, no sabiendo como rezar por ellos: ¿están vivos o muertos?

En el tranvía.—Un tranvía, lleno de pasajeros, corre por las calles de Petrogrado. En un paradero dos guardias rojas suben: uno sobre la plataforma delantera, otro sobre la de atrás, y el tranvía continúa corriendo, ya sin detenerse. Los pasajeros saltan de sus asientos:

—¿Qué hay?

—¡Nada, vamos a cavar fortificaciones fuera de la ciudad!

Las mujeres contestan con gritos histéricos: entre ellas hay una que encerró a su niñita de pocos meses en su habitación: otra dejó a una madre paralítica; y todas sin excepción tienen que volver a casa para preparar el almuerzo a sus padres, maridos, hermanos.

—Pues bien, allí el comisario va a decidir.

«Allí» el comisario no quiere escuchar a nadie:

—¡Basta, basta con los cuentos, a trabajar, todos van a volver a casa a las ocho de la noche!

—Pero, qué barbaridad, son las diez de la mañana, ¿qué va a hacer mi niñita sin mí todo el día?

—¿Barbaridad, dice Ud.? Bien, ¡entonces quedará aquí hasta mañana!

En el mercado.—Un destacamento de guardia roja rodea al mercado. La gente que se encuentra dentro del cordón de tropa está arrestada.

—¿Qué hay?

—¡Nada, una verificación de documentos!

Los agentes de la Cheká o de la Gepeú hacen una selección de gente recogida: unos se liberan en el acto; otros se reparten

entre las cuadrillas improvisadas de obreros y obreras; los restantes quedan arrestados.

—¿Por qué?

—¡Sin razonar, siga adonde le dicen!

Un observador, mirando lo que pasa, no entiende nada. Unos salen dichosos por haber escapado milagrosamente al arresto, cuyas consecuencias nadie puede prever: de la Cheká o Gepeú uno puede salir el mismo día, como puede quedarse semanas, meses y años arrestado, o ser deportado, o ser fusilado después de un año de permanencia en un calabozo.

—¿Por qué?

—¡Sin razonar, siga adonde le dicen!

Mientras tanto las cuadrillas improvisadas se reparten:

—¡Diez mujeres a la caserna tal, a lavar los pisos y las ventanas! ¡Cinco mujeres al hospital de Obujov a lavar los cadáveres!

—¿Por qué?

—¡Cállate, burguesa maldita, sigue adonde te dicen!

—¡Pero, si yo soy una obrera, mire mis manos!

—¡Sabemos el cuento, ahora todos tienen las manos callosas; sigue adonde te dicen, sin razonar!

Cada ruso puede contar cuentos de esta índole a centenares; que a través de ellos corra la sangre o sólo lágrimas de desesperación; que se oiga en ellos gritos del alma y carnes torturadas o carcajadas de una risa histérica, no importa; el origen, el punto de partida de cada cuento no varía nunca: es la imaginación enfermiza de un bolchevique, embriagado por el poder, embriagado por el sentimiento sensual de tener en sus manos la vida de aquellos hombres, el honor de aquellas mujeres, de poder hacer cualquier monstruosidad con cualquiera; es esta sensualidad la que dicta las resoluciones más inesperadas, y que personifica una «Fortuna» cruel y odiosa, que con los ojos cerrados distribuye de su cornucopia nada más que la muerte y miserias humanas!

* * *

La legislación y la justicia. La cuestión de la legislación y de la justicia soviéticas puede tratarse como la de la libertad individual, en pocas palabras. A pesar de que Lenin no nos dejó ninguna definición precisa de lo que, a su parecer, es la legislación bolchevista, las declaraciones oficiales de los comisarios del pueblo, así como las instrucciones y decretos del poder central, son bastante elocuentes para fijarnos sobre el modo de pensar de los dirigentes rojos.

Así, por lo que se refiere a los derechos naturales de los ciudadanos, la nota diplomática de Chicherin, que hacía saber al universo civilizado que sobre el territorio soviético cualquier hombre puede ser *legalmente* fusilado, a raíz de un sencillo informe de policía, hace inútil todo comentario o estudio de las leyes que se refieren a las garantías constitucionales de los súbditos soviéticos.

Del mismo modo el aparato judicial se condena a sí mismo y condena a toda la legislación soviética con la sola orden que impone a los jueces la obligación de dejarse guiar, en el cumplimiento de sus funciones, por su *conciencia revolucionaria*. Nadie sabe lo que es la conciencia revolucionaria; nadie nunca la ha definido; pero, para que los jueces no se equivoquen aplicando en la práctica una indicación oscura, el decreto explica que el delito que ellos juzgan no tiene mayor importancia; que lo que importa es saber si el acusado pertenece a la clase burguesa o proletaria.

Bajo el régimen zarista el origen del acusado también tenía su importancia; así un robo, que valía a un mujik analfabeto unos pocos meses de prisión, equivalía para un noble a la degradación y el destierro en Siberia; y sin embargo qué diferencia de concepto de la parte del legislador. Antes, la aplicación de un castigo mayor al reo «noble», reconocido culpable, obedecía a una consideración que puede traducirse por el adagio

francés, «noblesse oblige», mientras que ahora la insinuación de que el delito no tiene mayor importancia tiende a forcer la justicia en su esencia misma, en su razón de ser. Efectivamente, cualquier comunista puede acusar a cualquier burgués de un crimen cualquiera y hacerlo condenar a muerte, ya que los jueces no toman en cuenta el delito, sino el origen del acusado; y es así cómo los procesos más extravagantes, más inverosímiles tienen lugar, y a pesar de que las acusaciones formuladas en contra de los procesados chocan con el más elemental sentido común, los infelices pagan con sus vidas el crimen de no haber nacido proletarios.

Los bolcheviques, que pueden matar a cualquiera sin proceso alguno por medio de la Cheká o Gepeú, recurren al aparato judicial cuando quieren hacer de la muerte de unos hombres objeto de propaganda política, o una demostración de la necesidad del terror rojo, o cuando quieren justificar su propio error, haciendo recaer la responsabilidad de sus experimentos sobre algunos «spetz», o sobre los primeros burgueses que les caen bajo la mano.

En estas condiciones ¿cómo explicar que varios investigadores extranjeros se dieran el trabajo de analizar la legislación soviética con la misma seriedad con que un estudioso podría analizar el Derecho Romano? La sola explicación de tal ingenuidad puede residir en que la mayoría de ellos carecían de conocimientos históricos y lingüísticos, indispensables para *entender* las cosas rusas, como carecían de la imaginación necesaria para admitir que *la legislación bolchevista no es más que la propaganda bolchevista!*

Es que, desde el punto de vista de los dictadores rojos, las acciones y gestos humanos se dividen en dos categorías: los que pueden interesarles y los que les son indiferentes. La primera categoría engloba todo lo que pueda perjudicar o amenazar al poder soviético. Para garantizarlo contra cualquier atentado hay la Cheká o Gepeú con todo su aparato temible de espías, policías, verdugos y tropas «especiales». La legislación y la justicia se limitan en este caso a conceder a los agentes de

la administración terrorista derechos ilimitados sobre la vida y los bienes de los ciudadanos del soviét; éste es el sistema sencillo y expedito que los bolcheviques emplean para la defensa propia.

Ahora para entender cómo los bolcheviques defienden los intereses de otros, de sus súbditos, hay que dejar a un lado el concepto burgués del derecho de propiedad, y la situación nos quedará clara inmediatamente: si los bolcheviques toleran un resto del derecho de propiedad, como un mal por el momento incurable, ¿en qué puede interesarles su protección? ¡En nada! Tanto da proteger a la superstición o a los morfinómanos. Que los tribunales populares se desenreden como quieran, con tal de estar seguros de que si un burgués lesiona los intereses de un proletario, la Temis Sovietista no le deja escapar de sus manos; y para eso basta organizar convenientemente los tribunales.

Con este fin el jurado está abolido; en cada tribunal hay un juez, nombrado por el poder central, y dos asesores, elegidos por y entre el proletariado, según indicaciones de las organizaciones comunistas; además hay un secretario, también hombre seguro, y que explica a los jueces poco experimentados lo que debe dictarles su «conciencia revolucionaria».

A veces esta justicia popular, cuando no se encuentra ligada por consideraciones de índole política, llega a soluciones que hubieran honrado al mismo Salomón, ya que, al igual del rey bíblico, los jueces se guían no por el código legal sino por su propia sabiduría. Así, por ejemplo, en uno de los tribunales de Petrogrado, una mujer sostenía un pleito, reclamando a su ex-amante un subsidio mensual para sostener a un hijo engendrado por él. De acuerdo con el decreto bolchevista ella tenía derecho a la tercera parte del sueldo de su amante. Este último protestaba, diciendo que todo era mentira; que la mujer hacía una vida desordenada; que tenía varios amantes a la vez y que no había ninguna seguridad de que el niño en cuestión fuese hijo suyo; y para dar mayor peso a sus afirmaciones, el hombre presentaba el testimonio de un amigo suyo, el cual, efectivamente, con-

firmaba que vivía con aquella mujer al mismo tiempo que el inculpado:

— ¿Ah, Ud. vivía también con ella?—pregunta el juez al testigo.

—Sí, camarada juez.

—¡Bien, entonces cada uno de Uds. va a pagar a ella la tercera parte de su sueldo mensual!

No podía la infamia ser castigada de modo más sensible y humano a la vez.

Desgraciadamente, los juicios como aquél son excepciones raras y no pueden justificar las tragedias que se desarrollan bajo el cartel:

«El tribunal popular no se venga, sino cura.»

Haciendo omisión del caso de los burgueses, que se ven condenar siempre, y para los cuales la cuestión se presenta únicamente desde el punto de vista de la aplicación de la escala de castigos, hay a veces casos trágicos, que provienen nada más que de la falta de cultura de los jueces. Así, un mujik, por haber traído consigo a Petrogrado cuatro kilos de carne, fué condenado en 1919 a la prisión perpetua, por el fallo siguiente: «arrestar a fulano de tal *hasta que presente las pruebas* de que la carne traída no estaba destinada a la especulación, sino a su propio consumo». Lo más gracioso fué que el juez, que en esta ocasión era una ex cocinera, no podía comprender la desesperación del condenado, que cayó ante ella de rodillas, suplicándole no quitarle la vida. Es que además de no poder presentar prueba alguna de sus intenciones, el pobre mujik sabía que los prisioneros bolchevistas, en estos tiempos, morían de hambre, si no eran sostenidos por sus parientes, y que él no tenía nadie en la capital que pudiera ocuparse de su alimentación.

Uno que ha visto estas escenas, que ha podido medir la distancia que separa los decretos bolchevistas de la vida real, se imagina con dificultad que haya hombres que busquen en la

legislación soviética los ideales y las bases de una nueva estructura social.

* * *

El terror rojo; sus raíces y su psicología.

El terror rojo, que fué el eje principal de toda la política interior bolchevista, no puede ser comparado ni con el terror blanco, ni con cualquiera de los terrores conocidos por relatos históricos, ya que su desarrollo obedecía a tres fines diferentes: el primero fué el de defender al régimen bolchevista en el sentido político; el segundo, el de destruir la vida económica antigua; y el tercero, el de saciar la sed de venganza del proletariado victorioso, entregando las clases burguesas al saqueo de los partidarios de Lenin.

La defensa propia, en el sentido político, no requiere explicación alguna; los bolcheviques no fueron ni los primeros ni los últimos en usar el terror con este fin; la entrega de las clases burguesas al saqueo de los guerreros del comunismo también obedece a una tendencia conocida: hasta los últimos tiempos las poblaciones vencidas se entregaban al pillaje de los ejércitos victoriosos; queda entonces por explicar la tarea de la destrucción de la vida económica antigua.

El número de las víctimas, que hicieron las «Comisiones Extraordinarias para la Lucha contra la Contrarrevolución, el Espionaje y la Especulación», que en abreviatura se llama Cheká, número que la imaginación humana acepta difícilmente, se explica precisamente por el hecho de que no sólo los opositores activos de los bolcheviques, no sólo los burgueses, sino cualquier hombre que quería vivir, y que con este fin compraba algunos alimentos, se hacía culpable del delito de especulación y caía, junto con el vendedor, bajo la mano temible de la Cheká.

Las teorías bolchevistas, traducidas por decretos correspondientes, encontraron en la vida obstáculos invencibles, ante los cuales los carteles de propaganda más elocuentes quedaban sin efecto. En vez de explicar su fracaso por el defecto de sus

teorías, Lenin, que decía, «tanto peor para la realidad, si ella contradice nuestra teorías», lo explicó por la resistencia que la población le hacía, obstinándose en seguir los caminos antiguos en materia de economía. Entonces los bolcheviques pasaron de la persuasión al castigo de los «porfiados», los cuales, al igual de los peores enemigos del bolchevismo, empezaron a ser perseguidos por la Cheká. Todas las manifestaciones de la vida cotidiana, que pueden resumirse en dos palabras: *compra-venta*, fueron bautizadas con el nombre de *especulación* y prohibidas bajo la amenaza de muerte; pero, como la forma nueva de la organización económica, prevista *teóricamente* por la doctrina bolchevista, tardaba en substituir las formas condenadas de la economía antigua, la población no tenía otros medios de conservar su vida que buscando alimentos por cuenta propia, y comprándolos cuando los encontraba. Resulta que, *pocos días después de la abolición del comercio libre, todos los rusos que quedaban con vida eran infractores de las leyes bolchevistas y como tales expuestos a ser arrestados y fusilados por los agentes de la Cheká.*

Para conservar a mi relato toda la serenidad que exige el desenvolvimiento de mi plan, prefiero callarme sobre los detalles del cómo aquellos agentes aprovecharon la situación absurda, creada por los decretos precoces. Los que quieran conocer los detalles de la aplicación del terror rojo en Rusia, pueden encontrarlos en el libro de G. Popoff, intitulado «Cheká.—La inquisición roja», o en el libro de S. P. Melgunov, «The Red Terror in Russia»; ambos escritos se basan sobre datos y documentos oficiales. Yo voy a limitarme a consideraciones generales.

La Cheká funcionó cuatro años. Cuando los bolcheviques proclamaron la Nueva Política Económica, la famosa «NEP», era lógico reformar una organización que tenía por obligación la de pasar a todos los «nepmed» por las armas; además la necesidad de dar satisfacción a la opinión pública del occidente, con el cual los bolcheviques querían establecer relaciones diplomáticas y económicas, fué también un motivo de mucho peso

para aconsejar la transformación de la Cheká en Gepeú. ¿Cuál es el número de las víctimas de la Cheká durante sus cuatro años de existencia? Una estadística, que los bolcheviques han tenido, digamos la ingenuidad de publicar, nos lo enseña. Hasta el mes de Septiembre de 1921 la Cheká asesinó:

Obreros	192,350	Clérigos	1,243
Soldados.....	290,900	Maestros de escuela	3,775
Campeños	864.700	Médicos	8,800
	<hr/>	Intelectuales.....	405,250
Total de los proletarios (dictadores) asesinados.....	1.347,050	Total de los intelectuales (sometidos) asesinados.....	419,068

El total global asciende, pues, a 1.766,118 víctimas.

Desde 1921 los bolcheviques guardan silencio, y las hazañas de la Gepeú se desconocen; pero, como de los tres fantasmas, CONTRAREVOLUCIÓN, ESPIONAJE, ESPECULACIÓN, perseguidos por la Cheká, quedaron solamente dos, CONTRAREVOLUCIÓN y ESPIONAJE, el número de las víctimas de la Gepeú debe ser necesariamente mucho menor; además, los elementos más en vista del antiguo régimen tuvieron tiempo de emigrar; los que quedaban estaban ya destruidos; como «caza» no quedaron a la Gepeú más que los socialistas-revolucionarios, mencheviques y el proletariado, disconformes con el régimen establecido; hay también los bolcheviques de la oposición, pero eso es ya un asunto de familia. Los estadísticos benévolos, que siguen los diarios bolchevistas y se informan privadamente, estiman que durante los diez primeros años del régimen bolchevista el total de las víctimas llegó a tres millones; es decir, que ellos consideran que, en seis años, la Gepeú mató solamente a un millón trescientos mil; la disminución, comparativamente con la Cheká, resulta bastante grande, casi de un 46 %.

Meditando sobre estas cifras espantosas, una pregunta se impone por sí misma: ¿cuál era la necesidad real de matar a

toda aquella gente? ¿Qué disculpa tienen los bolcheviques para haber ordenado una destrucción al por mayor, agregando a las víctimas innumerables de la guerra civil, del hambre y de las epidemias, otros millones de muertos? Es más que penoso contestar que sería estimar en exceso en 1 % la proporción de los muertos que tenían conciencia de haber realmente pecado ante el poder bolchevista; y entonces, ¿los demás?...

Alvarez del Vayo nos facilita la contestación; trazando la silueta de Dzerjinsky, jefe de la lúgubre institución, este admirador de los bolcheviques nos dice textualmente: «Puesto que hay que matar—se dice a sí mismo (Dzerjinsky)—¿que importa que los ejecutores sean asesinos? Al contrario, cuanto más asesinos, más en su papel. Chinos, letones, finlandeses, licenciados de presidio, antiguos agentes de la policía secreta zarista, prostitutas, ningún antecedente penable les invalida para entrar a la Cheká. Al admitirlos en ella todo se les perdonaba de antemano; todo menos que tuviesen un segundo de flaqueza en la lucha contra la contrarrevolución».

Resulta que podemos asombrarnos únicamente de cómo se explica que hayan muerto a tan poca gente. Y aquí dejamos los horrores para pasar al estudio histórico de la Cheká, porque no hay duda que ella tiene sus raíces mucho más lejos que en la revolución bolchevista. Dzerjinsky y su patrón Lenin podrían ser lo que quisieron, en el sentido de la atrofia de los sentimientos humanitarios, pero ellos tenían que encontrar brazos para matar, como el gobierno zarista tenía que encontrar buenas voluntades para servir en la Ojrana*.

Con esto yo no quiero comparar la Cheká con la Ojrana desde el punto de vista práctico. El régimen zarista fué un régimen de absolutismo instruido; a los dirigentes zaristas, si les faltaba la conciencia de los derechos naturales de los ciudadanos que ellos gobernaban, no les faltaba el sentimiento de justicia y de humanidad; un revolucionario para ser ejecutado tenía que

* Ojrana quiere decir guardia, protección; así se llamaba el departamento de policía secreta, encargado del resguardo del orden político.

cometer un atentado, matar a un ministro o empleado público; tenía que ser juzgado y condenado por un tribunal. No obstante la exclusión de los crímenes políticos de la competencia de los tribunales de jurado y de la justicia ordinaria, aún los tribunales de la «corona», como los tribunales militares, aplicaban el castigo a un crimen comprobado; y si la deportación se practicaba como una medida sencillamente administrativa, nunca podía suceder que un agente de policía, semi-culto, pudiera tomar una decisión cualquiera en este sentido. Los investigadores eran oficiales del cuerpo de gendarmería, hombres de cierta cultura y de preparación especial, de modo que la arbitrariedad del régimen se ocultaba bajo formas y reglamentaciones, que, en el interés del régimen mismo, querían evitar los procedimientos brutales y arrestos inútiles. El yugo blanco era como una mano de hierro en un guante de terciopelo; el poder zarista decía: «haced lo que queráis, salvo política», y la tutela policial se hacía sentir exactamente en la medida necesaria para que los súbditos del Zar no olvidasen lo que les esperaba, en el caso de querer anticiparse a las libertades constitucionales.

En cuanto a las víctimas de los dos regímenes, la posibilidad de cualquiera comparación desaparece por completo: ¡la Cheká *mataba* por término medio treinta y siete mil hombres, mujeres y niños mensualmente! ¡Mataba! A esta cantidad no llegaba el número de los que fueron arrestados por el poder zarista por crímenes políticos durante todo un siglo, desde 1817 hasta 1917; y en cuanto a los ejecutados, en los mismos cien años, los zares han hecho menos víctimas que la Cheká hacía en un solo día.

Hago todas estas aclaraciones para que en el estudio del espíritu de la arbitrariedad, que quiero hacer, la práctica no se confunda con la teoría. Mientras que el país estaba gobernado por hombres cultos y preparados para la tarea del gobierno, la arbitrariedad se manifestaba por las perquisiciones, arrestos y deportaciones; apenas la barra del timón fué tomada por hombres semicultos y sin preparación alguna, la arbitrariedad se manifestó en robos y matanzas. Así la emoción del hambre:

para saciarlo, el hombre culto comerá pan, legumbres, frutas, etc., mientras que un caníbal comerá a su enemigo vencido o a su mujer.

Pasando al estudio teórico, hay que decir que la manera de gobernar en Rusia fué siempre la de Chingis Kan. Este gran militar y administrador es poco conocido en el occidente, y sin embargo su genio es superior al de Napoleón. Como conquistador, Chingis Kan es superior, porque formó el imperio más grandioso que la historia haya conocido; y como administrador lo fué también, porque supo conservarlo hasta su muerte. Nacido en 1154, Chingis Kan murió en 1227, es decir a los setenta y tres años, murió patrón indiscutible de un imperio que se extendía desde el Pacífico hasta el Báltico y el Danubio.

¿Cuál era el fin, el móvil de todas las conquistas de Chingis Kan? El gran Napoleón, en lo que se refiere a él, nos contestó indirectamente la misma pregunta en sus memorias, usando palabras resonantes, entre las cuales la «gloria» tenía el primer lugar. La contestó también Chingis Kan, y, como fué más contemplativo que el conquistador del occidente, la contestó con mucha más sencillez y sinceridad. Un día, Chingis Kan preguntó a sus familiares: «¿Cuál es la mayor felicidad en esta vida?» Y después de haber escuchado las contestaciones: «No—dijo—; la mayor felicidad consiste en mirar las lágrimas de los vencidos, ¡galopar sobre sus caballos, acariciar a sus mujeres e hijas; jeso es la verdadera felicidad, todo lo demás es nada!»

Un déspota no podía expresar con más claridad y precisión lo que hay de profundamente sensual en el sentimiento del poder; y si la sociedad rusa esperó hasta 1861 para acabar con el derecho de servidumbre, es porque una infinidad de pequeños «chingis kanes» tenían apego a sus privilegios, como un vicioso lo tiene a su vicio. El problema más difícil que pueda presentarse a una voluntad humana, es el de combatir un vicio propio, y entre éstos la sensualidad es uno de los más tenaces, de los más impetuosos, de los más difíciles de vencer.

El gran secreto del éxito de Chingis Kan fué su conocimiento del corazón humano; su principio de gobierno fué una mezcla

de autonomía y despotismo; los pueblos conquistados tenían una amplia autonomía en sus asuntos interiores: se gobernaban como querían; rezaban al Dios en que creían; conservaban las usanzas, costumbres, etc., que estimaban más convenientes; en una palabra, aprovechaban de todas las libertades, salvo de la libertad política. El despotismo político Chingis Kan lo ejercitaba por medio de su ejército de jinetes tártaros; eran ellos los que castigaban a los revoltosos, poniendo sus ciudades y aldeas a sangre y fuego; los que hacían la policía general del imperio y acompañaban a sus recaudadores de tributos e impuestos. ¡Qué satisfacción más grande que la de recaudar oro, plata, mujeres, pieles!...

Sí, me dirán; para el recaudador puede ser una satisfacción, pero para un oscuro guerrero de su escolta, ¿qué satisfacción puede darle ver el oro que nunca será suyo, a las mujeres que sus jefes van a acariciar y las pieles que van a abrigar a los favoritos de su kan, mientras que él, guerrero, tendrá que contentarse con unas pocas monedas de plata?

Bueno, en este caso la satisfacción de los jinetes tártaros fué la misma que la que hoy día hace llenar las filas de las policías contemporáneas por hombres no siempre malos, y a veces bastante íntegros; la misma que les hace preferir a un oficio tranquilo y respetable una vida llena de molestias, de insomnios, del imprevisto; que los condena a tratar únicamente con los infractores de la ley, si no con delincuentes; que les hace afrontar la antipatía de muchos y, en mejor de los casos, la indiferencia de la mayoría de sus paisanos. La satisfacción a la cual ellos se sacrifican es la de sentirse JEFE. El último policía, al vestir su uniforme y salir a la calle, es ya un jefe; y cuando más fuerte debe ser su sensación del poder, haciendo parar todo el movimiento de una Bond Street de Londres, de una rue de la Paix de París o de una Broadway de Nueva York con sólo levantar una mano!

Y los sub-oficiales de profesión, que forman parte de los cuadros de los ejércitos regulares, ¿no es acaso una sensualidad inofensiva la que experimentan, siendo jefes en sus compañías,

mientras que en la vida civil serían obreros o pequeños empleados de comercio, sin ningún poder sobre sus semejantes?

Napoleón escribía a uno de sus mariscales, que murmuraba, traduciendo el descontento de sus subordinados, ofendidos de que en uno de los boletines del «gran ejército» la acción de su cuerpo no estuviera bastante subrayada: «Uds. no son más que unos niños; diga a sus valientes, que en mi ejército hay bastante gloria para todos.»

Sí, seguramente, todos pueden embriagarse con la gloria, cuando forman parte de un ejército victorioso; todos pueden sentirse jefes, cuando forman parte de una administración de autoridad. Y mientras más primitivos son el hombre y el ambiente en que actúa, más posibilidades se presentan para ser el déspota y embriagarse de poder.

La arbitrariedad rusa es una herencia de los tártaros, y tan veraz resulta ser aquella afirmación, que un ruso, para señalar un acto de arbitrariedad, dice: «Este hombre procede como un verdadero Chingis Kan». Los procedimientos heredados por los rusos de los tártaros, eran a veces crueles e inhumanos, pero carecían de cualquiera casuística; ésta nos llegó junto con la cultura bizantina. Apenas los zares de «Todas las Rusias» hacen suyo el blasón de Bizancio, el águila de dos cabezas; apenas se proclaman tutores de la fe ortodoxa, en substitución de los emperadores bizantinos, caídos bajo la dominación turca; apenas Sofía Paleolog llega con su séquito a Moscú para casarse con Iván III, la casuística empieza a completar el sistema brutal, pero sencillo, de los tártaros. Las palabras «rozysk» (investigación) y «zastenok» (cámara de tortura) empiezan a repetirse más y más a menudo en relación con los secretos de Estado; pero, hasta Pedro el Grande, la investigación de los asuntos políticos queda a cargo de los mismos órganos del poder que informan sobre los delitos del derecho común.

El gran reformador fué el primero en crear, en 1697, bajo el nombre de «Preobrajensky Prikaz»*, un departamento de po-

* Preobrajensky es el nombre de una aldea suburbana de Moscú, en la cual empezó a funcionar dicho Prikaz, es decir, oficina.

licia secreta para las investigaciones de índole política. Más tarde, en el periodo peterburgués de la historia rusa, Preobrajensky Prikaz fué transformado en la «Cancillería Secreta», la cual, a su vez, Nicolás I transformó en el «3.er Departamento de la Cancillería de Su Majestad». En 1880, Alejandro II libró su Cancillería de los asuntos políticos, traspasándolos al Ministerio del Interior. Sin embargo, todas estas transformaciones no fueron otra cosa que el cambio de insignia, ya que en el fondo, el espíritu de la institución quedó el mismo durante más de dos siglos.

Fué el primer jefe del Preobrajensky Prikaz, el príncipe Romodanowsky, que supo introducir en su departamento los procedimientos de la inquisición: el misterio de las investigaciones, la crueldad de las torturas, el horror de las ejecuciones secretas; los espías y los delatores se hicieron por primera vez empleados públicos. Con el transcurso del tiempo los métodos del Prikaz han perdido su aspecto medioeval, pero nunca dejaron de ser repugnantes. Ultimamente, la sociedad rusa miraba a los oficiales de la gendarmería como a parias, marcados por el *sello de la infamia* e indignos de participar en sus reuniones.

A pesar de que tal fué el sentimiento general, los representantes de la más alta aristocracia aceptaban la herencia del príncipe Romodanowsky sin vacilar. Los hombres de procedencia obscura, como, por ejemplo, el célebre Shishkowsky bajo Catalina la Grande, fueron raros; los representantes de las razas no rusas, como el conde Benchendorf, bajo Nicolás I, tampoco eran numerosos; la mayoría fué de alto linaje ruso: un Orlov, o un Dolgoruki, o un Shuwalow, o un Cherevin, amigo íntimo de Alejandro III. Durante dos siglos la policía secreta, encabezada por hombres de mayor prestigio e influencia personal, quedaba inaccesible a cualquier crítica o censura, y finalmente, disponiendo de medios de acción ilimitados, ella llegó a formar una autocracia en la autocracia, imponiéndose hasta a los ministros y a los monarcas mismos.

Para que la inquisición religiosa pudiera nacer, millones de seres humanos tenían que creer durante siglos en la infabilidad de la iglesia; del mismo modo, para que pudiera nacer y con-

servarse hasta 1917 el Preobrajensky Prikaz, cambiando de vez en cuando su letrado, millones de seres tenían que creer en la infabilidad del poder zarista; y del mismo modo que la inquisición se hizo finalmente incompatible con el progreso cultural, se hizo incompatible con él el poder secular, que usaba la inquisición policial como uno de los medios de gobierno.

Las arbitrariedades policiales fueron la causa de que los occidentales suelen hablar de los «crímenes del zarismo» como de una cosa admitida y aceptada por el mundo civilizado al igual de una definición científica. ¡Qué error más grandel! ¡Qué ingenuidad! ¡Qué miopía! ¡Los crímenes del zarismo son crímenes nuestros, crímenes de la nación, de la raza, del alma rusa, que engendró a estos zares, que los crió con la leche de sus mujeres, que los educó, que los formó y que los rodeó de un ejército de pequeños «chingis kanes», que eran capaces, todos juntos y cada cual aparte, de hacer lo mismo que hacía el Zar, en su lugar y puesto!

Y cuando el zarismo se derrumbó ¿adónde quedaron sus crímenes, en comparación con los del pueblo ruso, que se liberó de golpe de cualquier freno o influencia moral, desencadenando en seguida la bestia que dormitaba en su corazón? Lenin no encontró medio alguno de asegurar su poder, salvo de restablecer la Ojrana, en la forma de la Cheká, y entregar la población de su imperio a la arbitrariedad de sus verdugos; y como en vez de un príncipe, superficialmente culto, Lenin ha puesto a la cabeza de su policía secreta a un Dzerjinsky semi-culto, los resultados fueron los que hemos visto: rodeándose de asesinos y sadistas. Dzerjinsky mataba treinta y siete mil hombres al mes, donde los refinados oficiales de la gendarmería zarista no lograban arrestar doscientos y hacer ejecutar tal vez a uno.

• • •

La instrucción pública.

Para comprender bien cuál podía ser la suerte de la instrucción pública bajo los bolcheviques, algunos datos son indispensables. De acuerdo con el censo de 1897, el porcentaje pro-

medio de los analfabetos fué entre la población campesina el 67 %, y entre la población urbana el 50 %. El mismo censo reveló que la población urbana formaba, como término medio, el 12 % de la población total.

Si nosotros aplicamos estos datos a los ciento cincuenta millones, que formaban la población de la Rusia soviética en 1918, la cantidad de los analfabetos tendría que ser de noventa y ocho millones. Pero hay ciertas consideraciones que me hacen reducir este número a setenta y cinco millones. La primera, es el desarrollo que la instrucción primaria tomó en los años que siguieron al del censo. La Gran Guerra por su parte dió un impulso a la instrucción, haciendo crecer las poblaciones urbanas e instruyendo doce millones de hombres, movilizados durante las hostilidades. De modo que mi optimismo me parece bien justificado y que el número definitivo de setenta y cinco millones de analfabetos puede ser tomado como bastante exacto.

Ahora ¿cuál fué bajo el zarismo el presupuesto de la instrucción pública? Empecemos por las escuelas primarias:

En 1900 el presupuesto de la instrucción primaria fué de cincuenta y un millones de rublos, pero el Fisco lo sostenía solamente en un 20 %: lo demás quedaba a cargo de las municipalidades, de los zemstvos, de los mir y de los privados. Estos diez millones de rublos, consagrados por el poder zarista a la instrucción primaria se convierten, ocho años más tarde, en veintiún millones, y luego en 1909 en veintiocho millones, con el respectivo aumento de las participaciones que correspondían a las organizaciones sociales y a los privados.

Lo mismo vemos nosotros en el presupuesto de la instrucción secundaria: el Fisco tomaba por su parte el 25 % de los gastos; el 30 % provenía del derecho de la matrícula, mientras que el 45 % restante lo daban las comunas, municipalidades y los privados.

En estas condiciones el presupuesto del Imperio presentaba, en lo que se refiere a la instrucción pública, solamente una parte de los gastos, necesitados por este párrafo. Dato importantísimo para el entendimiento de lo que va a seguir.

A los datos numéricos hay que añadir una información de carácter administrativo: los planteles de instrucción superior y secundaria dependían del Estado directamente, mientras que las escuelas primarias eran sometidas solamente al control del Ministerio de Instrucción Pública, relevando su conducción directa de las municipalidades, de los zemstvos, de las autoridades eclesiásticas, etc.; es decir, que el Estado no tenía medios para intervenir en la vida interior de dichas escuelas.

Y ahora resulta más que fácil adivinar lo que sucedió con la instrucción primaria, apenas los bolcheviques tomaron el poder en sus manos. De golpe las municipalidades, los zemstvos, las autoridades eclesiásticas y los tutores privados desaparecieron. Desde el punto de vista financiero esto equivalía a decir que, en vez del 20 %, el Estado tomaba sobre sus espaldas el 100 % de los gastos de la instrucción primaria; y desde el punto de vista administrativo, eso equivalía a la substitución de un sinnúmero de consejos directivos, directores, inspectores, tutores, etc., por comisarios o empleados soviéticos. ¿Tenían los bolcheviques medios para realizar una reforma financiera y administrativa de esta trascendencia? Claro que no, y fué así como la mayoría de las escuelas primarias se han cerrado por falta de recursos, por la imposibilidad de mantener los edificios escolares, asegurar la calefacción, pagar a los maestros, comprar libros, papel y cuanto se necesita para la enseñanza.

A estas dificultades de orden material y administrativo, hay que añadir las de la falta del personal docente. El hambre y las epidemias han hecho estragos tremendos en esta profesión, eminentemente intelectual, cuyos representantes no tenían aptitudes especiales para defenderse en la vida. La Cheká vino en ayuda de la muerte natural, matando en los cuatro primeros años a más de tres mil setecientos maestros de escuela y a cincuenta y un mil profesores y estudiantes de la instrucción superior y secundaria...

A pesar de eso, con publicar un decreto, que anunciaba la instrucción primaria obligatoria para todos, y la inauguración de métodos de enseñanza nuevos, Lenin y sus partidarios recogían

aplausos del mundo civilizado, y eso en el preciso momento en que los alumnos del camarada Lunacharsky aprendían a escribir con un palo sobre la nieve o sobre la arena esparcida en el piso de la escuela. No importa: el occidente lo creía todo, tan simpática era la idea, olvidando que para instruir a setenta y cinco millones de analfabetos, aplicando métodos nuevos, se necesitaban un millón quinientos mil maestros de escuela, a condición de hacer la enseñanza de una vez, a razón de cincuenta alumnos por cada maestro. Y ahora cada cual puede hacer su cálculo, aumentando el número de turnos: con dos turnos, el número de los maestros tendría que ser de setecientos cincuenta mil; con tres, de quinientos mil, y así en seguida. ¿De adónde los hubieran sacado los bolcheviques? El decreto no lo decía.

Añadiendo a todo eso las condiciones generales de la vida: el hambre, las dificultades de toda índole para encontrar cualquier cosa de primera necesidad, el frío, el luto, las persecuciones de la Cheká, etc., ¿cuál puede ser la verdadera progresión de la instrucción pública bajo los soviets? Una estadística bolchevista, publicada por los diarios de Leningrado en Febrero de 1928, nos proporciona indirectamente una contestación; ella fija en el 65% el porcentaje de los adolescentes analfabetos registrados en la Bolsa del Trabajo de la ex capital. En 1897, es decir, treinta años antes, la proporción de los analfabetos en Petrogrado era del 37% y aún menor entre la generación joven de entonces. Resulta que la instrucción pública se rebajó en más del 50%!

Esperemos que eso no sea la regla general en el imperio entero y que a pesar de la destrucción de la vida colegial y universitaria, el deseo de instruirse sea tan grande, tan inmenso en el pueblo ruso, que, contrariamente a lo que podía esperarse, el número de los analfabetos, en vez de crecer, disminuya cada día. Pero lo que podría tal vez ser realizado con la sola buena voluntad en la instrucción primaria, resulta imposible en la instrucción superior y secundaria, cuyo nivel baja cada año, a medida que desaparecen los cuadros de profesores antiguos, y que los fantásticos programas y métodos de enseñanza bol-

chevistas rebajan el nivel intelectual, que se mantenía tan alto en las escuelas rusas antes de la revolución.

* * *

La religión y la Iglesia.

El día en que desapareció el zarismo, la iglesia rusa volvió a ser para los creyentes lo que tenía que ser siempre: una reunión de fieles, sin otro objeto y fin que la elevación del espíritu hacia Dios. No importa si entre las filas del clero quedaban todavía algunos prelados indignos, sin vocación ni creencia; la iglesia se libró de su plaga principal: de la tutela policial del Estado, el cual, siendo en teoría su protector, fué en realidad su destructor, ya que mataba lo principal, el espíritu, el alma de la religión, conservando sólo la forma.

Un «sobor» (cónclave), compuesto de los representantes del clero y de los fieles, eligió a un patriarca, al Patriarca Tijón, volviendo así a la forma antigua de la autoridad espiritual, destruida por Pedro el Grande. La iglesia rusa se encaminaba por una senda que prometía la restauración de todo su prestigio moral y un futuro de gloria y de paz.

Fué en este momento cuando los bolcheviques, derribando al gobierno provisional, atacaron a la iglesia con toda su brutalidad de procedimientos, con todo su desdén por las opiniones y creencias que no eran suyos. «La religión es el opio del pueblo», dijo Lenin, y millones de carteles, pegados sobre las murallas de las ciudades y aldeas rusas, repitieron estas palabras, que quedaron como única definición doctrinaria, como única palabra de discusión y de convencimiento: todo lo que dijeron e hicieron los bolcheviques, por lo demás, no fueron sino injurias, insultos y actos de violencia.

La propaganda antirreligiosa, por la brutalidad e indecencia de su lenguaje, por las imágenes que la acompañaban, despertaba indignación hasta en los ateos, y cuando los bolcheviques llegaron a la confiscación de los objetos preciosos del culto y a la profanación de las reliquias, las protestas sordas

del pueblo se hicieron tan amenazadoras, que ellos se deluvieron.

El fracaso fué total; más que total, ya que el resultado obtenido fué de todo contrario a lo que Lenin y sus partidarios esperaban: los creyentes se afirmaron en su fe, los indiferentes se hicieron creyentes, los ateos simpatizaban con la iglesia; el prestigio de los clérigos alcanzó límites inusitados; las iglesias se llenaban de muchedumbre, y la solemnidad, el esplendor, la emoción religiosa de los servicios superaron con mucho el fasto frío de la iglesia oficial de antaño.

Con un poco de reflexión, los bolcheviques pudieron prever todos estos resultados. La persecución, además de crear mártires, liberó en seguida a la iglesia de muchos elementos viles y débiles; quedaron los creyentes, los apasionados de la verdad y del verbo divino. Ante su fuerza moral, que iba afirmándose cada día, las injurias y los insultos de la propaganda gubernativa dejaban una impresión de pobreza espiritual, de impotencia y de vacío. Los bolcheviques lo comprendieron por fin, comprendieron que sus métodos soplaban el fuego de la fe en vez de extinguirla; y la prensa soviética cambió de rumbo, o más exactamente de tono. Sin embargo, la contrapropaganda seguía su curso, pero una nota inaudita fué introducida en los diarios soviéticos: «muy mal hacen los comunistas jóvenes», explicaban los folletos, «que entran en las iglesias sin quitarse los sombreros y con cigarrillos en la boca; así no se combaten los prejuicios seculares; hay que adoptar otros métodos de lucha, dejando aparte la violencia».

«Otros métodos de lucha» consistieron en que los bolcheviques han ideado introducir en la iglesia un germen de discordia, que hubiese podido descomponerla. Con este fin, al morir el Patriarca Tijón, ellos, al igual de Pedro el Grande, no permitieron la elección de su sucesor, quitando así a la iglesia la unidad de la autoridad eclesiástica; además, provocaron la creación de una nueva iglesia, bajo el nombre de *iglesia viviente*. Unos prelados inescrupulosos fueron utilizados con el fin de dar a ésta una apariencia de vida y de acción. Lo que es la *nueva*

iglesia viviente queda todavía tenebroso y mal definido; teóricamente, es la iglesia que profesa la aceptación de las doctrinas bolchevistas y la glorificación de los dirigentes soviéticos; pero prácticamente su existencia resulta puramente ficticia, ya que los creyentes no se han dejado engañar por los nuevos apóstoles.

El plan maquiavélico fracasó desde el principio, a causa de la precipitación, demasiado grande, con la cual los bolcheviques se pusieron a realizarlo: se vieron obispos con botas y pantalones de montar «a la Gallifet»; se oyeron discursos y prédicas nada cristianas; se presenciaron hechos, propios de los agentes de la Cheká, en el sentido de la denuncia, por ciertos sacerdotes, de sus obispos y metropolitanos; en una palabra, a través de su disfraz de corderito, el lobo mostró en seguida sus dientes y garras, y no pudo entonces engañar a nadie.

El fracaso de esta tentativa no impidió a los bolcheviques proclamar, en 1927, la reconciliación de los soviets con la iglesia. En realidad ninguna reconciliación tuvo lugar; las persecuciones de los prelados influyentes siguieron como siempre; la iglesia continuaba siendo una corporación sin derecho alguno; y la propaganda antirreligiosa no se debilitaba. El anuncio de la reconciliación no fué otra cosa que un acto de propaganda, necesario para calmar a la población campesina, la única que se toma en cuenta, ya que ella provee el pan de cada día a los dirigentes soviéticos.

Pero hay que rendir justicia a los dictadores rojos: las persecuciones engloban a todas las religiones sin excepción, y la suerte de los ortodoxos la participan los católicos, protestantes, mahometanos y judíos; el Corán y el Talmud no tienen mayor aceptación que el Evangelio y la Biblia.

• • •

La suerte corrida por el Mir, el Artel y la Cooperativa.

El fanatismo unilateral de los bolcheviques, se expresó con toda integridad en la destrucción de las instituciones de solidaridad social y de las corporaciones de trabajo y de socorro

mutuo, representadas en la colectividad rusa por el MIR, la ARTEL y la COOPERATIVA.

¡Mir! ¿Quién de los sociólogos extranjeros no se deja tentar por el deseo de penetrar en el verdadero sentido de esta palabra, un tanto misteriosa, y cuyo origen se pierde en la obscuridad de los siglos? Mas, a pesar de que la mayoría de los estudios sobre la Rusia mencionan al mir, las exposiciones claras y precisas de lo que esta noción representa son muy raras, casi no existen; tal vez porque la idea de un mir es, en su esencia misma, una contradicción del régimen autocrático, del estado de esclavitud y de ignorancia en que vivía el pueblo ruso, y de la manera en que su propio gobierno lo trataba y lo consideraba.

Mir quiere decir en ruso el mundo, el universo. En el sentido sociológico, la palabra se emplea para designar el conjunto, la reunión de todos los jefes de familia de una aldea. Cada familia forma en el campo una unidad que se llama «dwor», es decir casa de campaña. El reglamento interior, a que obedece cada «dwor», es el de una familia real: el jefe indiscutible, que rige todos los asuntos de la comunidad familiar, es el padre, y después de su muerte, el hijo primogénito. La mujer, la madre, no tiene voz alguna; el jefe de familia es un zar autócrata, que manda a todos sus parientes. A veces un hijo casado pide su separación de la familia paterna, y en este caso pasa a formar un «dwor» independiente, en el cual se instala a su vez como rey autócrata.

Ahora bien, la reunión de todos estos déspotas de una aldea forma el mir. La palabra es significativa: los vecinos, reunidos en asamblea, se consideran ser el «mundo»; para ellos el universo acaba tras las cercas de su aldea; se comprende entonces la importancia moral que los campesinos atribuyen a las deliberaciones del mir:

—El mir decidió así—dice un labriego con acento grave, cuando quiere hacer comprender, que la resolución no puede ser discutida, que no tiene apelación alguna.

Durante el último medio siglo, después de la liberación de

los siervos, el papel del mir, en la vida campesina, fué de gran importancia: el mir tenía prerrogativas de «self-government» que otras clases podían envidiarle. La palabra inglesa self-government conviene mejor para designar las prerrogativas del mir, que la expresión castellana «gobierno autónomo», ya que la palabra «autónomo» resulta ser de significado demasiado amplio y general. Los derechos del mir se extendían únicamente a las manifestaciones de la vida aldeana, pero dentro de estos límites eran universales; el mir decidía la repartición de los lotes, afectados a cada familia; los asuntos relativos a las tierras que quedaban en explotación común, como por ejemplo, los pastos, los bosques, las aguas de pesca, etc.; la repartición y la recaudación de los impuestos; el mantenimiento de la iglesia y de la escuela; la elección del alcalde (starosta) y de las autoridades públicas de la aldea y del cantón, incluso con la de los jueces cantonales, etc.; cualquier asunto relacionado con la vida aldeana, aún el de los caminos y de los puentes, era de su competencia; hasta el mir tenía el derecho de solicitar la clausura de las tabernas sobre el territorio de su comuna o pedir el destierro a Siberia de sus miembros, reconocidos como dañosos para la moral pública. ¶En una palabra el mir poseía derechos y prerrogativas que ninguna otra organización social podía pretender poseer bajo el zarismo.

A pesar de que cada jefe de familia, que alcanzaba la mayor edad, formaba parte del mir y poseía plenos derechos, la tradición quería que en la asamblea hablasen únicamente los ancianos; los jóvenes escuchaban respetuosamente lo que decían los hombres más experimentados que ellos, y luego votaban, uniéndose a la opinión que les parecía más justa. Tal fué la tradición y la teoría; sin embargo, a menudo los gritones no hacían caso ni a una ni a otra, ya que durante los mil años que existía el mir no se ha elaborado ninguna práctica de procedimiento, tal como, por ejemplo, la previa elección de un presidente, un cierto orden de debates, etc.; resulta que la asamblea era siempre algo anárquica y que a veces los gritones se imponían a los demás; no importa: a nadie venía la idea de

cambiar algo en una tradición secular; el mir hubiera perdido su color nacional, su autoridad moral, introduciendo usos parlamentarios en su institución arcaica y anárquica...

Desde el punto de vista sociológico es interesante comprobar la mezcla del comunismo puro—que se reflejaba en la *posesión común* de la tierra—con la concepción burguesa del *derecho de propiedad*, que se observaba en la aldea rusa bajo el régimen del mir. Nadie poseía la tierra como propiedad propia; ella se daba solamente en uso, se repartía entre los hombres que la trabajaban; y sin embargo, la aplicación de un principio eminentemente comunista en nada impedía al derecho de propiedad manifestarse en toda su integridad: la posesión de la tierra, que pertenecía a una aldea, era una posesión que los códigos legales definen como «sucesión indivisible». Aplicando esta forma de propiedad a la tierra en realidad «divisible», se resuelve todo el enigma de la comuna rusa. Los campesinos regían su propiedad común con el mismo espíritu burgués con que los herederos de un príncipe, que no hayan dividido la tierra paterna, pudiesen regir la suya.

Eso explica la razón por la cual los bolcheviques, en vez de hacer desarrollar una institución, que indiscutiblemente tenía en sí un germen de comunismo, la han ahogado bajo la autoridad de los soviets locales. Para ellos el mir, además de sus tendencias ultra burguesas, presentaba otro inconveniente, no menos grave: el mir cuidaba los intereses materiales del pueblo. Ya que cada aldea cuidaba, aún de modo anárquico, los intereses suyos, la suma total de los esfuerzos esparcidos tenía que repercutir sobre el bienestar de la población campesina entera; y como los bolcheviques cuidaban únicamente los intereses de su partido, que a través de su dominación coincidían pocas veces con los del pueblo, la acción del mir tenía que serles hostil, y como tal fué destruída.

La ARTEL es nada más que una cooperativa de producción o de trabajo. Su origen es también bastante antiguo. Gremios enteros de obreros nunca trabajaban de otro modo que formando arteles; por ejemplo, los gremios de la construcción: los

terraplenadores, los albañiles, los carpinteros, etc. Desde el punto de vista sociológico, las arteles no deben, en ningún caso, confundirse con los sindicatos obreros del occidente. Un sindicato defiende los intereses profesionales de su gremio frente a los patronés; es decir, defiende el trabajo frente al capital; su acción resulta consecuentemente unilateral, despótica y arbitraria, como fué a veces la de los patrones. Pero con el desarrollo de las legislaciones que protegen el trabajo, los sindicatos pierden cada día su razón de ser; y aún sin la ayuda de las leyes, por la simple difusión de ideas de justicia social, de ética capitalista y profesional, los sindicatos están llamados a desaparecer un día u otro. Al contrario, las arteles tendrán siempre un desarrollo más y más grande, ya que sea cual fuese el grado de progreso de las leyes sociales o de la cultura social, su existencia conviene a ambos bandos: a los trabajadores como a los patrones.

Efectivamente, la artel es una rústica sociedad por acciones que se funda con el doble fin de unir a los trabajadores, para procurarles condiciones más ventajosas de trabajo, y, al mismo tiempo, ofrecer a los patrones una amplia garantía de competencia y honradez profesional. Fundada sobre estos principios, la artel no puede sino convenir a todos. Para poner en claro su funcionamiento, vamos a tomar dos ejemplos: de una artel permanente y de una artel temporal.

Las arteles permanentes se fundaban en las grandes ciudades para proveer al comercio y a la industria de empleados que necesitan una garantía especial de honradez, como los cajeros, bodegueros, serenos, etc. Las arteles, organizadas con este fin, eran algo como una sociedad por acciones, en la cual cada accionista es al mismo tiempo obrero. Los socios se escogían con mucho cuidado y se aceptaban por voto de la asamblea general de la artel, previo depósito de una garantía efectiva, fijada por los estatutos. Todos los socios eran mutuamente responsables, cada uno por todos, y todos por cada uno, y eso es lo que hacía la fuerza de la artel. Los cajeros y los empleados responsables de los negocios rusos fueron, antes de la revolución, socios de las arteles sin excepción alguna.

Las comodidades que las arteles presentaban para el comercio son evidentes. Un director de Banco, que necesitaba un cajero, por ejemplo, no tenía otra molestia que la de hacer telefonar a una artel: «Mandadme un cajero». Un cuarto de hora después, el delegado de la artel, su «starosta» le presentaba un candidato; si aquél no gustaba al señor director, había otro; las condiciones de trabajo y de remuneración se debatían entre el director y el starosta de la artel, es decir, entre dos instituciones; y como las arteles de la «bolsa» —así se llamaban las que proveían los empleados responsables— eran instituciones fuertes, con grandes capitales, formados por los depósitos de garantía y cuota mensuales de sus socios, sus starostas tenían todo el prestigio y la autoridad necesaria para defender sus intereses. Ahora, supongamos que al día siguiente, el cajero se escapaba con cien mil rublos. El director del Banco no tenía nada más que hacer que llamar a su starosta y hacerlo comprobar el robo; la artel pagaba por su socio y mandaba otro a tomar su puesto.

Las arteles temporales se organizaban entre los obreros sólo por una temporada. Ese era el caso de los gremios de la construcción. Antes de que la nieve desaparezca y los efectos de la primavera hagan posible el principio de los trabajos, los starostas de arteles, muy variadas como especialidades e importancia numérica, aparecían en las ante-cámaras de las grandes empresas de construcción, de los arquitectos, ingenieros, etc., en busca de contratos de trabajo. Estos se hacían generalmente por la obra entera de terraplén o de albañilería o de carpintería; o por unidad de trabajo, tal como por méτρο cúbico de tierra removida o por mil ladrillos puestos.

Para un ingeniero ruso, encargado de una gran obra de ingeniería, la cuestión de la mano de obra no existía; él trataba con el starosta de una artel de terraplenadores, con el de albañiles, etc., es decir, con cuatro o cinco ancianos, e ignoraba cualquier discusión con los obreros; hay todavía más, estos starostas eran todos unos obreros muy experimentados, que tenían treinta, cuarenta, cincuenta años de práctica; es decir, que eran ayudantes preciosos de la dirección técnica, y que las

discusiones de índole profesional ocurrían entre gente que se entendía mutuamente, que conocía su oficio a fondo.

Como garantía de trabajo, baste decir que la artel misma se encontraba interesada en que sus trabajos se recibieran sin discusiones; entonces era la artel misma que vigilaba a sus socios, que tenía interés en que todos trabajasen con el mismo esfuerzo, con la misma honradez; los días feriados la artel vigilaba a sus miembros de carácter débil, para que no se emborrachasen, para que el lunes todos saliesen a trabajar sanos y bien dispuestos.

Es interesante notar que en noventa y nueve casos sobre cien los socios de las arteles eran campesinos, la organización salía enteramente del campo; los «artelstchiki» tenían sus raíces tan bien arraigadas en el pueblo que generalmente todos los componentes de una artel eran paisanos; esto les facilitaba la vigilancia mutua y daba una garantía más a sus patrones: un artelstchik que hacía un gesto poco delicado rompía de golpe todas sus relaciones en este mundo.

Ahora bien, ¿qué interés presentaba la artel para sus socios? Un interés inmenso. Supongamos que un obrero se incorporaba en una artel: tenía ya la ventaja de no perder un solo día en busca de trabajo; su starosta, que tenía relaciones en el mundo técnico, lo hacía por él; el día que el contrato estaba firmado, la artel se ponía en viaje desde su comarca directamente al lugar de los trabajos; a veces el starosta obtenía el transporte gratuito de su artel, y si no, el viaje se encontraba organizado con un minimum de gastos; llegando a su destinación, la artel encontraba una casa alquilada para su uso o un campamento organizado; el economato lo era también; las condiciones de trabajo eran siempre mejores que las que un obrero solitario pudiera conseguir; y cuando los primeros fríos paraban los trabajos y la artel volvía a casa y se disolvía, cada uno recibía de su starosta su parte, que había sido conservada por él como en una caja de ahorros.

Lo más asombroso es que el espíritu de organización que creaba las arteles se encuentra en flagrante contradicción con

el espíritu de la anarquía; al examinar las ventajas, la extrema flexibilidad, la facilidad con que las arteles se adaptaban a todas las condiciones de la vida del mercado, del trabajo por cumplir, uno se inclinaria a pensar que solamente una raza de las más metódicas y ordenadas ha podido idear una institución semejante.

Para un sociólogo hay además otro punto interesante en la artel: es la graduación profesional de sus socios; ésta se hace por los mismos obreros, y no hay ningún peligro de que un aprendiz se ponga en lugar de un oficial o un albañil de segunda mano se haga pasar por un maestro.

Todo conflicto entre el capital y el trabajo encontraba en la artel un mediador de tanta sabiduría y eficiencia, que los gremios que trabajaban en arteles desconocían las huelgas y otros medios violentos de lucha con el capital.

¿Podía convenir el régimen de las arteles a los bolcheviques? ¡Seguramente no! Ante todo, con ellas no había lugar para el odio de clases, y luego el espíritu burgués se hacía sentir en ellas con toda intensidad, sobre todo en las arteles de producción, que reunían a los artesanos de pequeñas industrias, y que a veces se desarrollaban en asociaciones bastante poderosas, para gozar de las mismas ventajas de compra de materias primas y de la venta de productos facturados de que gozaban las grandes empresas burguesas.

Todo eso, el poder sovieta no lo podía mirar sino con malos ojos. Las arteles de «bolsa» han desaparecido las primeras, junto con la bolsa y el comercio libre, mientras que contra las arteles de producción, los bolcheviques han empezado a luchar con una energía que se hizo feroz, apenas ellas vencieron en la libre competencia a las industrias del Estado. La política impide todavía a los dirigentes sovieta, declarar a las arteles de producción una guerra abierta; hay tanto de «social», en el sentido de socialismo en estas organizaciones, que los bolcheviques se habrían desacreditado demasiado ante las masas suprimiendo arteles; entonces la guerra contra ellas se hace sobre el terreno económico y policial, como hemos ya visto.

Las COOPERATIVAS fueron otra forma de asociaciones sociales que tampoco tuvieron éxito frente al bolchevismo. Las cooperativas rusas podían dividirse en dos categorías principales: las cooperativas de crédito mutuo y las de consumo. Las primeras fueron instituciones bancarias, las segundas, almacenes. Por el carácter mismo de sus actividades, unas y otras dependían mucho, como éxito, de la capacidad profesional de sus respectivos dirigentes. Así, entre las sociedades de crédito mutuo había muchas que llevaban una existencia obscura y modesta, pero había también algunas que han sabido colocarse en la categoría de establecimientos financieros del mayor prestigio en el país. Lo mismo sucedía con las cooperativas de consumo: empezando con las cooperativas más modestas, que servían para proveer de comestibles a los obreros de una fábrica o a los habitantes de una casa* y siguiendo hasta los grandes almacenes cooperativos abiertos para la población de la ciudad entera, las variantes eran muchas; todo dependía del talento del directorio respectivo; así, en Petrogrado, la casa de comercio más grande, especie de «Printemps» o de «Bon Marché» de París, de «Harrods» o de «Gath & Chaves» de Londres, pertenecía a la cooperativa de los oficiales de la Guardia Imperial. La cosa puede asombrar por ser muy inesperada; verdaderamente, es difícil suponer la existencia de talentos comerciales entre los brillantes derrochadores que formaban la guardia del zar; y sin embargo, el primer presidente de la cooperativa, general Bolotov, se reveló ser casi un genio comercial; en unos quince años, la modesta tienda que acreditó su prestigio por la modicidad de sus precios y la calidad de los productos que vendía, se transformó en la más potente casa de comercio, que ocupaba como una cuadra, en pleno centro de Petrogrado.

Claro que con el régimen bolchevista las cooperativas de esta índole desaparecieron; quedaron únicamente las modestas cooperativas de consumo, que muy rápidamente se transformaron

* En las grandes ciudades había casas que contenían 40, 50 y hasta 100 departamentos; sus poblaciones igualaban a veces las de una aldea.

en almacenes de distribución de los escasos víveres repartidos por los bolcheviques; y finalmente éstos también perdieron su razón de ser, con la proclamación de la nueva política económica.

Sobre la suerte que han corrido el MIR, la ARTEL y la COOPERATIVA hay que meditar, ya que, teóricamente, estas instituciones podían esperar de la revolución el más franco apoyo; una revolución, y además una revolución social, tenía que enorgullecerse de instituciones que bajo un régimen autocrático han sabido conservar tendencias igualitarias, una fe en la fuerza de la unión, una coordinación de esfuerzos; que han sabido eliminar de las transacciones comerciales al intermediario, como han sabido eliminar al patrón de las empresas industriales, y eso sin comprometer el éxito de sus negocios. Del mismo modo que el Mir fué el conservador de las tendencias republicanas, las arteles y las cooperativas, nacidas sin capital, con cuotas insignificantes de sus socios, eran conservadoras de un espíritu social que marcaba el primer escalón de las organizaciones sociales venideras, que hoy día pueden parecer utópicas; para existir y desarrollarse, las arteles, como las cooperativas, tenían que ser gobernadas por hombres que trabajaban en interés de toda una colectividad, en vez del interés propio.

Vencer el egoísmo humano, hacer trabajar a los hombres en el provecho de otros, sin retribución especial alguna, ni siquiera en la forma de laureles y gloria: todo el problema social se encuentra confinado en este ideal, que junto con otro factor indispensable, el progreso, no puede ser alcanzado, sino en una atmósfera de confianza mutua, de paz social y de abnegación individual; condiciones éstas del todo contrarias a los métodos de odio y de violencia.